La vela de la ventana

Cuento para leer antes de dormir



Esa tarde de diciembre empezó a nevar tanto que el camino de la montaña desapareció bajo un manto blanco. El abuelo Tomás había bajado al pueblo a comprar las cosas para la cena y todavía no regresaba.

Clara miraba por la ventana con la nariz pegada al vidrio. Afuera ya era de noche y no se veía nada.

—¿Y si el abuelo no encuentra la casa? —preguntó preocupada.

Su mamá tuvo una idea. Sacaron una vela grande, la metieron en un frasco de vidrio para que estuviera segura y la pusieron en la ventana que daba al camino.

Allá abajo, el abuelo caminaba despacio entre la nieve. Todo se veía igual: blanco y oscuro. De pronto, entre los pinos, vio una lucecita amarilla que brillaba como una estrella baja. «Esa es mi casa», pensó, y caminó hacia ella sin perderla de vista.

Media hora después tocó la puerta, con la barba llena de nieve y la bolsa de las compras en la mano. Clara corrió a abrazarlo. Desde entonces, en esa casa siempre hay una luz encendida en la ventana la noche de Navidad.